

PRESENTACION

TOMÁS MARÍN

Cuando la muerte, en su último asalto, vino a hacer presa en nuestro querido y llorado don Agustín, lo sorprendió teniendo, si no en sus manos, sí a la vista y en su mesa de trabajo, el borrador de la traducción al castellano de la *Bibliotheca Nova*, de Nicolás Antonio, que la Fundación Universitaria Española le había encargado.

Si a alguna empresa literaria o científica puede convenirle aquello de ser, por el esfuerzo que supone, obra de juventud es, sin duda, a la traducción dicha. Pero cuando Millares trabaja afanosamente en ella, estaba ya en sus ochenta y siete años entrados.

Semejante antinomia, la de que un trabajo de juventud estuviera siendo llevado a efecto, con singular brío, por un casi nonagenario, me trae al recuerdo unas palabras de Pedro Sáinz Rodríguez durante la cena homenaje que, a iniciativa de Carlos Romero de Lecea, le ofrecimos a Millares en Lhardy, con ocasión, creo, del curso sobre Paleografía Española que había dictado en el Archivo Histórico Nacional el año 1971.

Ponderaba don Pedro, con una admiración de la que todos participábamos, cómo nunca había visto en nuestro homenajeado resistencia ni reservas de ningún género cada vez que se le brindaba un proyecto de trabajo, por arduo y dificultoso que fuese; al contrario, lo aceptaba siempre con entusiasmo y a los pocos días, si no a las pocas horas, cuando los planeadores andaban aún divagando sobre el proyecto, Millares ya tenía puestas manos a la obra; sin dejar, natural-

mente, de seguir poniéndolas en otras tareas que lo tenían ocupado de antes y que siempre eran más de una. Personalmente he podido comprobar el fenómeno en muchas ocasiones. Así, cuando proyectamos hacer juntos la reedición de su *Paleografía Española*, acometió la empresa con tal prontitud y decisión que, entretenido yo en otros quehaceres urgentes, me fue imposible emparejarme con él en el trabajo, pero ni siquiera seguirle a una prudente distancia.

He querido traer aquí el recuerdo y la evocación de esa virtud tan heroica como desusada que fue la laboriosidad entusiasta e incansable del admirado maestro, para poner con ella pórtico adecuado a esta empresa que, en honor suyo, han puesto ya en vigorosa marcha un grupo de discípulos y colaboradores, con el título de «Boletín Millares Carlo» y bajo los auspicios del recién fundado «Centro de Estudios» del mismo nombre. No hace aún seis meses que cerró sus ojos el titular y ya está en la calle, como quien dice, el primer número de ese Boletín que se honra con sus dos sobrenombres. Los organizadores y responsables del mismo están demostrando ser dignos imitadores de la diligencia, efectividad y entusiasmos de aquel a cuya memoria quieren rendir, con la presente publicación, un homenaje permanente.

Al conjunto de interesantes y jugosos artículos que llenan dicho número, quiero añadir algunos datos de carácter anecdótico que contribuyan a ir perfilando la extraordinaria personalidad no sólo científica sino también humana del gran amigo, a quien no le iría bien una semblanza fría, sin calor ni alma, sólo a base de números o de resúmenes o de asépticos comentarios.

No olvidemos —y empiezo ya con el primer dato— que nos encontramos no ante un sabio simplemente, sino ante un sabio humanista, inmerso absolutamente en el mar de las Humanidades. Su vocación por las letras humanas fue desde el primer momento tan decidida como inquebrantable. De familia de juristas teóricos y prácticos, él mismo me contaba cómo, al decidir su carrera, hubo de escuchar el consejo insistente de su padre en el sentido de que, si quería asegurarse, además de una brillante ejecutoria sapiencial, un porvenir desahogado, optara por los estudios de Derecho, simultaneándolos en todo caso con los de Filosofía y Letras. Mas todo fue en vano. Ni siquiera por cumplir con el consejo paterno ni por seguir la corriente, a la sazón muy en moda, de hacer ambas carreras a un tiempo, cayó en la trampa de perder energías en algo que no le atraía especialmente y a lo que nunca se habría dedicado.

Por contrapartida, se volcó en las letras y entró en su campo con un afán insaciable de saber. Aquella carta y aquella visita para Menéndez Pelayo que traía, al llegar a Madrid desde Las Palmas, de

parte de su abuelo Agustín Millares Torres, fue como un presagio de que en la Universidad española entraba un nuevo y futuro polígrafo. Así, no tuvo bastante con una especialidad sola; durante la carrera descolló ya en varias. Por eso, al terminarla, se consideraba en disposición de opositar a cátedras de Latín, que fue su primer proyecto, o de Bibliología, que fue el segundo, o de Paleografía y Diplomática, que fue el último. Adolfo Bonilla y San Martín, Director General a la sazón de Enseñanza Universitaria y mentor práctico de aquel plantel de jóvenes aventajados que sobresalían en la Facultad de Letras madrileña, le aconsejó se decidiera por la última, pues estaba próximo a jubilarse el Conde de las Navas, único catedrático entonces de la asignatura y, llegado el trance de la oposición, nadie podría oponérsele con probabilidades de éxito. Tan verdad era esto que, habiéndose dotado inesperadamente otra cátedra de Paleografía en Granada y convocándose a oposición con candidato ya prefijado, no pudo éste ni ningún otro resistir al empuje arrollador del joven canario.

Los años de Granada coincidieron con su noviazgo en Madrid, cuya circunstancia por fuerza había de manifestarse en una discreta pugna entre Millares paleógrafo y Millares enamorado. La lucha se resolvió a base de tren y a fuerza de viajes Granada-Madrid y Madrid-Granada. El mismo viajero me los ha recordado en alguna ocasión con añoranza y humor, pues hasta no faltó la nota ingeniosa de alguien —no recuerdo quién exactamente— que, parodiando lo del telégrafo, hablara de la paleografía sin hilos, a vista del constante ir y venir del enamorado paleógrafo.

Pero, en serio, muy en serio y al margen de toda broma, recalcaremos lo que es bien notorio, a saber: que en Granada y en Madrid y en Francia y en Méjico y en Maracaibo y en Las Palmas si de algo pecó nuestro biografiado, fue siempre de exceso en el trabajo. Fue pecado de su juventud, de su edad madura, y no decimos de su ancianidad, porque, salvo en años, ésta no contó para él nunca. Ni los avatares de la guerra, ni las desgracias familiares, incluida la muerte temprana de su esposa, ni los problemas del exilio, ni sus frecuentes viajes, bastaron para menguar un punto su entrega al cultivo de las Humanidades, que fue total y dio continuos frutos, así en la investigación como en la docencia. Alguna vez, en nuestras conversaciones le preguntaba yo: Agustín, ¿recuerda Vd. un solo día en que no haya trabajado algo en temas de sus especialidades? Y me respondía sonriendo: pues puede que no, que no recuerde ninguno.

Y ya que de docencia hablamos, bueno será recordar que sus alumnos notables, por lo que después han sido, forman legión en España y en América, y que su cariño al profesor Millares es en ellos una

constante que ha resistido el paso de decenas de años. El provecho de sus clases para quien de verdad quería aprender y formarse estaba garantizado por aquel sistema suyo, de anunciar el primer día de curso que quien no tuviera interés por la asignatura podía irse y no volver hasta la hora de recoger el aprobado, pues se lo daría gustoso a trueque de no mermarle el tiempo y las atenciones que quería volcar sobre los verdaderamente interesados.

Los alumnos eran, además, particulares amigos suyos y seguían siéndolo de por vida; que en el terreno de la amistad es donde más alto rayaron sus extraordinarias dotes humanas. Un amigo de los últimos tiempos, al que yo le había presentado, quedó desde el primer instante tan prendido del encanto de su persona, de lo sabroso de su conversación, de la benevolencia de su trato que, al recordarlo con ocasión de su muerte, preguntaba: ¿vio alguien nunca al Dr. Millares descompuesto ni enfadado?

Y, puesto que va de amigos, ¿cómo no dedicar un instante a sus amigos eclesiásticos, que fueron tantos y tan entrañables? El fenómeno resulta más curioso y atractivo cuanto menos clericales eran las aficiones de D. Agustín así en lo político como en lo religioso. Conocí y supo mucho de algunos de ellos. El primero de todos, Monseñor Pascual Galindo, a quien nunca agradeceré bastante el haberme llevado de su mano a amistar e intimar con quien era ya viejo amigo suyo. Timoteo Rojo Horcajo, canónigo archivero de la catedral de Madrid, cuya muerte durante los primeros meses de la guerra tanto apenó a D. Agustín, que había hecho lo indecible por salvarlo. Vicente Blanco García, auxiliar suyo de Latín medieval, que tan ligado y agradecido le estaba, pues cabe decir que le debía todo, desde la vida en Madrid el año 36, hasta la cátedra, por vía indirecta y desde Méjico, en 1942; conozco bien los entresijos de aquella oposición, que ya es historia, y puedo asegurarlo.

Quiero terminar paladeando lo que constituyó en su vida el mayor encanto de Agustín Millares: la simplicidad franciscana, el espíritu ingenuo, la espontaneidad de niño, que afloraban de continuo en su conversación y en sus cartas, como en la que me escribió a raíz de haberle prometido una buena recensión en *Hispania Sacra* de su *Album de Paleografía Hispano-Americana*. Se retrasó ésta por razones accidentales y sin importancia; pero al poco me lo recordaba diciendo: ya se tarda esa recensión, querido D. Tomás, pues estoy impaciente por leer sus observaciones y, por qué no decirlo, sus alabanzas; soy un poco vanidoso y *cupio laudari*, lo confieso, como si de un niño se tratara. Lo alabé entonces, aunque solo fuera, aparte el extraordinario mérito de la obra recensionada, por su candor y gra-

cia en pedirlo; lo alabo ahora y lo alabaré siempre con sumo agrado. Para dar perennidad a mi alabanza, me atreveré a formularla con palabras y frases del propio Nicolás Antonio, tratando de imitar torpemente lo que el sevillano con su lenguaje lapidario hubiera escrito, de tener que incluir a Millares en su gran repertorio bibliográfico, junto a otros eruditísimos varones, como Antonio Agustín, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita, con los cuales el nuestro iría muy dignamente emparejado:

Augustinus Millares Carlo, canariensis, oppido Palmarum ex docta ac prudenti familia natus, eruditione vir prestantissimus, paleographicae ac diplomaticae scientiae magister eximius bibliographica scientia expertissimus, latina lingua valde floruit, inter professores Universitatum Americae Hispanae summa cum laude profuit; virtutibus humanis excellens, simplicitate, amicitia, benevolentia claruit; meritis et annis plenus, laboribus scientificis semper inmersus, vivendi exitum in ipsa Palmarum civitate fecit.